

Entrevista a Carlos Monsiváis Jesús R. Martínez Malo

Jesús R. Martínez Malo —En *Tradición como selección*, usted dice que como poeta Cuesta no le resulta interesante, ¿podría ampliar un poco más esta opinión ya que, según entendí, Cuesta se pierde en el rigor de la forma sin alcanzar una aventura poética?

Carlos Monsiváis —No sé qué quise decir en ese momento, fue hace mucho. Ahora me gusta enormemente “Canto a un dios mineral”, el resto lo sigo calificando de ejercicios formales. El “Canto a un dios mineral” sí me recompensa. Tardé años, pero un día me sorprendí diciendo: “Capto la seña de una mano y veo / que hay una libertad en mi deseo”, y en ese momento me reconcilié con ese poema, cuyas claves empecé a comprender a través de la memorización fragmentaria. Necesitaría leer con más cuidado el resto, pero me temo que me atendré a mi opinión inicial: son grandes ejercicios formales, pero no la poesía que me importa.

J.R.M.M. —¿Por su estilo, muy riguroso, muy hermético, perfectamente rimado?

C.M. —Porque no fluye la poesía según creo. Que sea perfectamente rimado no me incomoda en absoluto. Pero aquí el hermetismo es consecuencia de la falta de fluidez, no causa. Son poemas muy apretados, muy rígidos y, por lo mismo, no muy rigurosos.

J.R.M.M. —Usted considera que Cuesta se dedica a “la anómala actividad de pensar en voz alta” y también que lo primordial en él es su elaboración intelectual. Su inteligencia, su lucidez, su actividad intelectual y el rigor de su juicio son algunas de las características que sus críticos y exégetas señalan como cualidades de Cuesta. Pareciera haber una especie de dualismo: lo poético y lo ensayístico, o más bien su posición como crítico reflejada en sus ensayos inteligentes, lúcidos, hipercríticos, rigurosos y, por otra parte, un oscurantismo y hermetismo que aparecen en su poesía

hasta convertirla en enigmas que el lector tendría que resolver.
¿Qué piensa de esto?

C.M. —Bueno, lo de pensar en voz alta lo dije ateniéndome al método, es un método tomado de la cultura francesa, de ir encadenando los razonamientos en una suerte de vértigo poético y en ese sentido Cuesta es muy efectivo porque persuade. Pero no veo enfrentamientos entre un género y otro. Por un lado, según creo, Cuesta quiso darle a la poesía el rigor de una tradición hermética, no oscurantista, hermética; y por otro se propuso ser igualmente disciplinado y ascético al precisar su pensamiento en artículos y notas que aspiraban al ensayo.

J.R.M.M. —Eran más bien artículos críticos breves...

C.M. —Lo que él hizo fue el artículo-ensayo; casi no hay textos largos donde uno sienta que no tiene el problema del espacio. Lo constreñía el espacio de las publicaciones y eso lo obligaba aún a concentrarse al máximo impulso. Pero era el mismo en sus notas y en sus poemas. En lo último quiso ceñir hasta lo último: el pensamiento y darle su forma poética, de ahí su profunda admiración por Paul Valéry.

J.R.M.M. —¿Por su “rigor y vigor intelectual”?

C.M. —Ya no me recuerde lugares comunes que escribí sintiéndome el primero que contemplaba el Mediterráneo o, más nacionalistamente, Tenochtitlán.

J.R.M.M. —Bueno, tratemos pues de dejar los “lugares comunes”. Usted afirma que no importa tanto “qué, ni cómo dijo algo, sino más bien cómo lo pensó”, para volver a esto de “pensar en voz alta”... C.M. —También lo creo...

J.R.M.M. —Esto me hace pensar que tal vez usted alude a que en él es más importante la forma o el método que el contenido o el fondo de los enunciados...

C.M. —No, precisamente al contrario. Estoy diciendo lo contrario; en la poesía sí: lo que más le importa es la forma. A eso me refería al mencionar su admiración por Valéry. No es sólo la precisión verbal sino la única precisión posible para lo que él quiere decir. Y en

poesía lo que se quiere decir tiene valor conceptual y sonoro. Y a él le importa la manera en la que el concepto se acomoda, se adapta al sonido. En cambio, en los artículos puede ser enormemente descuidado. Allí, lo que le atañe, lo que le incumbe, es transmitir el pensamiento, su pensamiento. Tiene un método ya muy estudiado y trata de apegarse a él, pero si no funciona no le importa. El quiere decir, razonar, argumentar, crear un espacio intelectual. Entonces el contenido ahí es lo determinante, no la forma...

J.R.M.M —Al revés que en la poesía...

C.M. —Sí, al revés que en la poesía...

J.R.M.M. —En general, la posición de los Contemporáneos respecto a la cultura estaba bastante dissociada de aquella de otros grupos o individuos. El ejemplo de esto aparece en las polémicas con Diego Rivera; es tal vez el mejor ejemplo. Además, en estas polémicas se mezclaban también cuestiones personales...

C.M. —¡Pero con Diego Rivera nunca hay polémica! Hay intercambio de agresiones pero nunca de ideas o puntos de vista.

J.R.M.M —Hay un aspecto de mi trabajo relacionado con la divulgación de la vida más que personal, íntima de Cuesta, me refiero al libro de Guadalupe Marín: *La Única...*

C.M. —Eso no es un problema de Diego...

J.R.M.M —No, por supuesto que no, pero Diego tuvo que ver, y mucho. En el número uno de *Contemporáneos* aparece un artículo crítico de García Maroto sobre la pintura mural de Diego Rivera y la respuesta de Diego es decir públicamente que ellos, en vez de hacerse llamar los Contemporáneos se deberían llamar “los anales”... C.M. — Sí, bueno, es el mural...

J.R.M.M. —Y luego está la cuestión del mural...

C.M. —Sí, pero no es polémica...

J.R.M.M. —Y luego está *La Diegada...*

C.M. —Sí, sí, pero no hay polémica. Lo que sí hay intercambio de insultos, pero no polémica. Nunca debaten entre ellos. *La Diegada* circula en privado; se edita ya muerto Diego...

J.R.M.M. —¿Nunca se editó en vida de Diego?

C.M. —¡No!

J.R.M.M. —Fue una edición, no de autor, pero sí de un particular quien la hizo ¿no es así?

C.M. —Ya muerto Diego, antes circulaba en copias mecanográficas...

J.R.M.M. —Pero Diego habría tenido acceso a esto, la habría tenido en sus manos, la habría leído ¿no cree? C.M. —Quién sabe.

J.R.M.M. —Hay una cosa contradictoria. Tengo una fotocopia de una edición de *La Diegada* y aparece fechada en 1926; esto no es posible ya que allí se menciona el viaje de Diego Rivera a Rusia y eso fue en 1927, fue justo a propósito para las celebraciones del 10º aniversario de la Revolución Soviética, y allí —en *La Diegada*— se menciona ya a Jorge Cuesta...

C.M. —Hay que ver que Novo lo edita mucho después, que la memoria puede ser falible. Y cambió fechas, pero según creo Diego no conoció *La Diegada*, y no hubo polémica, hubo canje de insultos, que es muy distinto...

J.R.M.M. —En los ensayos que Jorge Cuesta dedica —y publica— no hay ningún insulto dirigido a Diego, ni a nadie. A lo que voy es que a mí me llama mucho la atención el libro *La Única*. Usted recuerda la portada... C.M. —Sí...

J.R.M.M. —Es un dibujo al carbón de Diego Rivera y aparece la cabeza de Jorge Cuesta cortada, seccionada, llevada en una bandeja por un personaje con un torso bicéfalo; una de las caras es la de Lupe Marín y la otra la de Chabela Marín. Es decir, ¿cómo es que Diego Rivera se presta a este juego cruel de Lupe y dibujar a Cuesta con la cabeza seccionada? Es hacerse cómplice del odio y del resentimiento de Guadalupe.

C.M. —A él no le importaba nada. No quería a Cuesta y además Lupe lo había convencido de la homosexualidad de Cuesta.

J.R.M.M. —¿Qué le parece *La Única*?

C.M. —Lo leí hace mucho. Me parece muy mal escrito...

J.R.M.M. —Pero, además de que esté muy mal escrito...

C.M. —Es un testimonio elocuente...

J.R.M.M. —¿Qué tanto habrá de verdad en todo lo escrito y publicado allí?

C.M. —Hay una verdad esencial, todo lo demás es mentira, porque efectivamente ella vivió así las circunstancias. Ahora, las circunstancias no fueron así.

J.R.M.M. —A mí me parece que está lleno de resentimiento, de odio, de coraje...

C.M. —Pero es el odio y el resentimiento que le vienen de su abandonar a Diego, de su querer compensarse con Cuesta; dejarse seducir por la inteligencia de Cuesta y luego ver hasta qué punto Cuesta es un ser dependiente. A ella realmente le aturde el sentido de clan de los Cuesta, eso no lo soporta.

J.R.M.M. —Porque ella incluso vive en Córdoba, en la Hacienda El Potrero, cerca de Córdoba.

C.M. —Es lo que no soporta, la reducción de su mundo. Que alguien que le prometía, por su inteligencia, la ampliación de su mundo la reduzca a una vida provinciana, estúpida, que ella detesta. *La Única* es la venganza del sueño derrumbado.

J.R.M.M. —Esa vida de gran pompa y de gran lujo... La casa de los Rivera era el cenáculo de los intelectuales y artistas de la época, sale de allí para irse a un pueblo cochino, El Potrero, en donde, dice ella, ni siquiera había luz eléctrica...

C.M. —Ella me habló muchas veces muy negativamente de los Cuesta, pero con odio, pero de los Cuesta, no de Jorge.

J.R.M.M. —También tiene que ver allí la cuestión del hijo que tuvieron, ya que cuando Lucio Antonio nace se separan, se lo lleva Natalia Cuesta a vivir a Córdoba, precisamente con la familia Cuesta. C.M. —No creo que hubiera hecho nada al lado de Lupe.

J.R.M.M. —Prácticamente quienes se hicieron cargo de ese niño fueron Natalia y doña Natalia Porte-Petit de Cuesta, la madre de Jorge. C.M. —Sí.

J.R.M.M. —¿Usted cree que la aparición de este libro, *La Única*, en 1938, haya contribuido a crear, en vida de Jorge Cuesta, la leyenda o que esta leyenda haya empezado a crearse y “difundirse” después de su muerte en 1942?

C.M. —No, la leyenda de Cuesta empezó con la muerte...

J.R.M.M. —¿*La Única* no contribuyó a empezar a crear esta leyenda?, ¿está seguro?

C.M. —No, *La Única* estaba en la zona de circunscripción de Diego, no en la de Cuesta. *La Única* contribuía a la fama de Diego y de Lupe, pero no a la de Cuesta. Él era en ese momento un perfecto desconocido.

J.R.M.M. —¿En 1938 era un desconocido? Me sorprende lo que dice...

C.M. —Era todavía un desconocido cuando yo empecé a oír hablar de él en 1956 o 1955. Cuesta empieza a ser conocido a mediados de los años 60.

J.R.M.M. —A partir de la edición de Schneider y Capistrán...

C.M. —Sí, antes nada.

J.R.M.M. —¿Desconocido incluso a pesar de los escándalos de *Examen* y *Cariátide*?

C.M. —Ya nadie se acordaba...

J.R.M.M. —Ni de crítica que despertó la publicación, firmada por él, de la *Antología de la Poesía Mexicana Moderna*... C.M. —No, mucho menos.

J.R.M.M. —Entonces, sólo hablaban de él sus amigos, sus conocidos...

C.M. —Cuando yo empecé a conocerlos —a sus amigos y conocidos que en ese momento sobrevivían— nadie hablaba de Cuesta. El primero que empezó a mencionarlo fue el doctor Elías Nandino.

J.R.M.M. —*La Única*, a pesar de llevar el sello de una tal *Editorial Jalisco*, es una editorial fantasma, es una edición de autor, pagada por Diego Rivera.

C.M. —La hizo Loera Chávez...

J.R.M.M. —¿En la Editorial Cvltvra?

C.M. —En los talleres.

J.R.M.M. —Guadalupe Rivera Marín, la hija mayor de las dos que tuvo con Diego Rivera, me decía que la novela no se vendía, que nadie la distribuía, que nadie la compraba y que incluso Lupe Marín se arrepintió tiempo después y que tenía cientos de ejemplares guardados, que ya no quería que circulara...

C.M. —Nunca se arrepintió. No tenía tiempo mental para arrepentirse. Era una mujer para la cual el pasado no tenía el menor sentido. El pasado era como una ráfaga de imágenes de las que elegía caprichosamente algunas y ya. Se sintió traicionada por Cuesta porque le resultó un provinciano. Esa fue su gran crítica y luego siente que Cuesta la engaña con alguien. Tal vez con Owen. Eso no tiene que ver con la realidad sino con su falta de escrúpulos en materia de acusaciones, ni siquiera creía que eran calumnias, tomó de Diego la agresividad y

la pensó como forma natural de relacionarse. Era una mujer excepcional y no se sentía de modo alguno atada por la norma.

J.R.M.M. —En una entrevista que le hiciera Raúl Páramo a Guadalupe Marín y que se incluyó también en el tomo V de la edición universitaria, ella menciona que, a diferencia de su vida íntima, con Diego Rivera, su vida sexual con Jorge Cuesta era esplendorosa y que en cambio, con el muralista era muy aburrida y sosa; con Cuesta había mucha pasión...

C.M. —Ella procedía insultando, era muy ingeniosa Lupe. Eso lo dice en una entrevista. En la siguiente afirma lo contrario.

J.R.M.M. —¿Usted la trató mucho?

C.M. —Sí, mucho

J.R.M.M. —Pasemos a otra cosa. ¿Considera usted, como lo hace Guillermo Sheridan, que *Examen* es en verdad la primera revista cultural moderna de nuestro país?

C.M. No, fue *Contemporáneos*. *Examen* fue importante, pero la primera revista que despliega la sensibilidad moderna es *Contemporáneos*, sin duda. Aquí lo moderno hay que juzgarlo por la sensibilidad, no por la temática. Era una sensibilidad ya internacional, compleja, ambigua, con muchos matices, resonancias; sin duda para mí es *Contemporáneos* más que *Examen*.

J.R.M.M. —Usted escribió que los últimos años de Cuesta “transcurren en el empeño casi literal de asir el infinito” y hace referencia a su actividad como químico, pero dándole un cierto tono que apuntaría, me parece, a los ideales alquimistas, a la tan trillada búsqueda de “la piedra filosofal” o de un cambio en su condición sexual.

C.M. —Esto lo cuentan Nandino y Fourier, no es algo se me hubiera ocurrido.

J.R.M.M. —¿Qué es exactamente lo que contaba Nandino?

C.M. —La parte científica no la puedo reproducir. Pero según él, Cuesta buscaba el cambio de sexo; era un proyecto demoníaco o demencial.

J.R.M.M. —Sí, a eso iba. Eso del cambio en su condición sexual apuntaría más bien a la aparición de un delirio; de un delirio de cambio de sexo sostenido en su experimentación con sustancias químicas. Es decir, que él va de un discurso científico de la química a un delirio en el que la química es delirante. C.M. —Desde luego...

J.R.M.M. —Usted recuerda la famosa carta al doctor Gonzalo Rodríguez Lafora. Cuando lo llevan el 19 de septiembre de 1940 a consultarlo y él, a la mitad de la entrevista, la interrumpe, se va a su casa y escribe la carta, misma que nunca llega a manos del neuropsiquiatra. En esa carta dice que está experimentando con sustancias, particularmente con enzimas, y que son estas enzimas las que están produciendo un cambio en su cuerpo que lo lleva a un estado que él llama “intersexual o de androgenismo”. Científicamente eso es imposible. Una cosa son las enzimas y otras las hormonas. Si él hubiera tomado dosis enormes de hormonas femeninas sus órganos sexuales masculinos se hubieran atrofiado, pero de ahí a que se convirtiera en mujer es muy diferente. Sin embargo Cuesta afirmó, en la entrevista que había tenido con Lafora, que se estaba convirtiendo en mujer. Panabière, en *Itinerario de una disidencia*, escribió que Natalia le había comentado que Jorge Cuesta afirmaba que unas hemorroides sangrantes que tenía en ese momento se trataban de menstruaciones. Por más hormonas femeninas que ingiera alguien que, según todas las apariencias de la anatomía, tenga un cuerpo masculino, no habría un cambio anatómico y fisiológico a ese grado: el de “tener menstruaciones”.

C.M. —Yo siempre lo he imaginado con un delirio fáustico, una lectura muy de época, de generación. No una lectura, una imagen. Según creo, él quería ser un Doctor Fausto, atravesar las barreras del sexo y del tiempo. No era un problema de homosexualidad, sino del reto al infinito donde Fausto era la imagen persistente. Aquí no se trataba de ganar la juventud, sino de ganar todo el espectro de la sexualidad, sin siquiera el riesgo de la pérdida del alma.

J.R.M.M. —Pero, ¿considera que esto era algo totalmente delirante?

C.M. —Sobre eso no hay duda...

J.R.M.M. —Le pregunto esto último porque hay quienes lo ponen en duda. Hoy día hay quienes ponen en duda la locura de Jorge Cuesta y la tratan de atribuir al efecto de las sustancias que ingirió e incluso al efecto de una golpiza que le dieron algunos partidarios de Lombardo Toledano en 1942 poco antes de morir.

C.M. —Lo dudo mucho. De esa golpiza no tenía noticia.

J.R.M.M. —Esto lo cuentan tanto Miguel Capistrán como Víctor Peláez Cuesta, uno de los hijos de Natalia Cuesta. En ese entonces vivía en la Avenida México.

C.M. —Tal vez fue un pleito, pero no algo que lo enfermara mentalmente.

J.R.M.M. —Fueron unos partidarios de Lombardo Toledano a reclamarle por un artículo que había escrito antes y él sostuvo, defendió su posición, lo que había escrito y le pusieron una golpiza terrible, al grado que Natalia dijo que parecía un “Santo Cristo””.

C.M. —Eso es una golpiza común y corriente, que no creo que determine un estado de locura.

J.R.M.M. —Por supuesto. De ninguna manera, además eso fue en 1942 y para entonces ya había sucedido lo de esa famosa carta y el primer internamiento.

C.M. —No le veo sentido a cuestionarse las crisis de racionalidad de Cuesta.

J.R.M.M. —Me llama la atención la posición de ciertos intelectuales; una especie de intento de “salvar” a Cuesta de la locura, como si el hecho de que Cuesta hubiera estado loco lo demeritara en su obra y en su inteligencia, lucidez, en la posición inaugural que tuvo como crítico. Como si la locura le restara valor a todo esto. Hay un intento de salvaguardar la imagen del poeta, del intelectual, del escritor; como si haber sido poeta, ensayista, escritor, crítico, intelectual, lo inmunizara contra la locura...

C.M. —No creo que lo sostengan en voz alta. De todos modos da igual lo que sostengamos o dejemos de sostener. Todo es materia especulativa y lo que importa de Cuesta es su obra.

J.R.M.M. —Refiriéndose al “Canto a un dios mineral”. usted habla de hermetismo. Casi todos sus exégetas y críticos señalan el carácter hermético de su poesía; hay quienes incluso llegan a decir que Cuesta tiene un “uso desquiciado de la sintaxis”, que “crea una nueva sintaxis”, que “hay frases incomprensibles lógicamente por

el uso y el abuso de ciertas figuras retóricas”. Lo que me parece más importante de su observación es que “este hermetismo halla su primera clave en el gozo casi abstracto del lenguaje”; ¿podría ampliar un poco esto? Lo que creo entender de esta frase suya es que hay un goce en Cuesta, un goce dado por la mera materialidad de la palabra; es decir, rompe el signo y se queda con el puro significante, con su mero aspecto fonético, que vaciado del significado...

C.M. —No tanto

J.R.M.M. —Va encadenando significantes; sincopando así rima, canto, melodía, ritmo; aparece un despliegue polifónico. C.M. —Eso sí, pero hay signo, hay significado...

J.R.M.M. —¿Qué con esa frase suya del “goce del lenguaje”?

C.M. —Eso sí, pero en el caso de Cuesta, parte del goce consiste en la transmisión de claves opacas. El hermetismo aquí es la alegría por la opacidad que al revelarse discierne sus placeres.

J.R.M.M. —¿Cómo el de confrontar al lector con el enigma?

C.M. —Sí, de ser el anti-Pellicer. De renunciar a toda diafanidad. Muy propositivamente no un poeta oscuro, sino exigente, una aventura.

J.R.M.M. —La función del enigma. Es algo que me tiene...

C.M. —En primer lugar es un enigma para él mismo. No es algo que él se planteé, es algo que resulta de su visión tan estricta de la poesía. El que haga una poesía que no se facilite.

J.R.M.M. —Ni diáfana, ni transparente, ni rebosante de lugares comunes o metáforas fáciles y el enigma se le plantea primero al poeta... C.M. —Sí.

J.R.M.M. —¿Habría algo, en esto que está diciendo, algo del orden de la imposición, de palabras impuestas que lo hicieran escribir de esta manera tan peculiar, con este uso tan peculiar de la sintaxis?

C.M. —No. El uso de la sintaxis se lo impone la forma poética: el ritmo, la quintilla. Quien usa esa forma debe fracturar su pensamiento poético, si no haría algo muy elemental o algún remedo de los clásicos, casi una parodia de que “descansada vida / la que huye del mundanal ruido”, para no caer en lo obvio, debe fracturar o trozar su pensamiento.

J.R.M.M. —Usted también dice que “Cuesta se propone ampliar el espacio tan restringido con provocaciones, polémicas, razonamientos públicos”. Aquí pareciera aludir al episodio de *Examen* y de la publicación de fragmentos de la novela *Cariátide*, de su amigo Rubén Salazar Mallén.

C.M. —No, a muchos.

J.R.M.M. —Usted no es muy específico que digamos. ¿Se refiere también a la publicación de la *Antología de la poesía mexicana*

C.M. —No, a toda su obra

J.R.M.M. —¿Está diciendo que toda su obra es en sí provocativa, polémica?

C.M. —Para el momento. Es un momento muy cerrado, muy nacionalista, muy de autoconsumo y en donde lo que importa es la actitud, no el razonamiento. Cuesta, salvo su apoyo a Portes Gil, que sigo sin comprenderlo, es un provocador en ese sentido. No un provocador en nuestra perspectiva, sino en la de entonces. Alguien que está diciendo que las nociones adquiridas y la unidad son estúpidas y que deben renovarse.

J.R.M.M. —Usted habla de que esos años eran los del “elogio verbal y pictórico de las masas, la apoteosis del nacionalismo”, ¿lo que se dio en llamar “la cortina del nopal”?

C.M. —Fue José Luis Cuevas el autor de eso, pero no se refería a esa etapa, lo hizo mucho después.

J.R.M.M. —No es para *La sombra del caudillo* y...

C.M. —No, eso no es una cortina, es la creación de un país. Una cortina antinacionalista en los treinta y los cuarenta desde la perspectiva de la recepción social es algo inaudible.

J.R.M.M. —No existe porque nadie le hace caso.

C.M. —Nadie le hace caso. No es posible hacerle caso. Es tan fuerte el nacionalismo que no da oportunidad para las voces disidentes. Se les engloba, además, muy fácilmente como voces de la reacción y un razonamiento tan matizado, tan complejo como el de Cuesta, no tiene espacio, no tiene lectores. Cuesta encuentra a sus lectores a partir de los años sesenta.

J.R.M.M. —Entonces, eso quiere decir que ¿Cuesta no tiene interlocutores en vida?

C.M. —No, ni siquiera sus compañeros de generación.

J.R.M.M. —Ninguno de ellos tuvo una actividad...

C.M. —Ninguno de ellos tiene tal pasión por las ideas. Gorostiza, quizás el más complejo, tiene pasión por los conceptos, pero no por el desarrollo de las ideas. Villaurrutia, extraordinariamente inteligente, está muy confinado al campo de la poesía y de las artes plásticas. El único con visión totalizadora del país es Cuesta.

J.R.M.M. —No tiene interlocutores...

C.M. No tiene interlocutores. Los que más se aproximan a la condición de interlocutores son gente de un valor intelectual muy secundario, como Rubén Salazar Mallén.

J.R.M.M. —No había con quién discutir, con quién polemizar.

C.M. —No, no. Es un momento de grandes afirmaciones, rotundas, que proscriben el matiz.

J.R.M.M. —Porque, efectivamente, es una cosa el nivel de insultos y polémica personal, por ejemplo, con Ermilo Abreu Gómez, con quien lo tuvo...

C.M. —Sí, pero Ermilo Abreu Gómez no es un apasionado de las ideas, es un nacionalista muy sectario que vive, además, un ritmo muy

regional, lo que pasa en Yucatán. Y luego la única polémica real que sostiene es con Méndez Plancarte, que lo vence con su erudición.

J.R.M.M. —¿Cuál fue esa polémica? No conozco nada de ella.

C.M. —Sobre Sor Juana; en *Ábside*. Cuesta está muy aislado intelectualmente y viene a encontrar a sus lectores más tarde, treinta o cuarenta años después de muerto.

J.R.M.M. —No había en Cuesta ningún compromiso con una ideología; la única moral de Cuesta es la moral de un compromiso consigo mismo.

C.M. No. Sí tiene una ideología: la universalización de la cultura. Esa es una ideología muy precisa y la libertad de expresión frente a la cerrazón marxista. Cuesta es un libertario francés en ese sentido, muy cercano a Gide, más que a Valéry, en cuanto a modelo intelectual, no en cuanto a modelo poético; en cuanto a actitud intelectual.

J.R.M.M. —Más provocador, más crítico...

C.M. —Sí.

J.R.M.M. —Usted habla de la creencia de Cuesta en “la pureza de la forma artística”. La moral como expresión creativa regida por la honestidad intelectual que implica el análisis fino, detallado, microscópico, en el que no hay cabida para lo visceral e incluso lo pasional. La única pasión de Cuesta es el rigor y el vigor de su inteligencia: para él esa “soledad en llamas”, ese “páramo de espejos” tuvo un precio muy alto: la locura...

C.M. —No. Yo no me estaba refiriendo a la locura...

J.R.M.M. —No, usted no, pero yo sí ¿qué piensa de la locura de Cuesta?

C.M. —Yo pensaba en el aislamiento

J.R.M.M. —¿Pero no cree que eso era algo que también...

C.M. —No creo que conduzca necesariamente...

J.R.M.M. —No, claro que no necesariamente, pero...

C.M. —Yo creo que era una cosa de predisposición. Era una exaltación tan bárbara que contenía elementos no de locura, sino de reacción de otra realidad sólo habitada por él. A lo mejor eso es locura, pero yo pienso que él lo trabajó así. Porque sigue siendo impecable su razonamiento.

J.R.M.M. —Absolutamente lúcido...

C.M. —Aunque las bases de su razonamiento sean delirantes. ¡No es que diga que lo visitaron los extraterrestres!

J.R.M.M. —Pero está la cuestión del cambio de sexo.

C.M. —Pero él lo ve científicamente, no se siente un vidente, sino un científico inesperado.

J.R.M.M. —Hablé hace poco tiempo con el ingeniero Alfonso Bulle Goyri, quien fue su compañero de trabajo, de laboratorio. Desde 1936 a 1942 fueron compañeros, trabajaron juntos en la Sociedad Nacional de Productores de Alcohol. Allí nombraron a Cuesta jefe de laboratorio; también tenía que hacer cosas administrativas: mandar a fulano al ingenio tal para que hiciera la revisión de tal o cual cosa y entonces tenía que ver lo de los viáticos y todas esas cosas administrativas. El ingeniero Bulle Goyri me contaba que eso hartaba a Cuesta, así que lo mandó llamar a él y lo nombró subjefe del laboratorio. Cuesta se pasaba horas encerrado en el laboratorio y el ingeniero Bulle Goyri le decía: “Oye Jorge, por qué no anotas, por qué no apuntas tus experimentos, lo que estás haciendo”; todo lo tenía en la cabeza y pasaba de una cosa a otra. Sí, todo lo tenía en la cabeza. Le pregunté al ingeniero Bulle Goyri que él, como científico, qué pensaba de la actividad que como químico desarrollaba Jorge Cuesta. Me dijo que era un gran científico, que se adelantó veinte o treinta años a su época —con relación a la química, por supuesto— y que todos estos mitos que se han construido, porque fue este ingeniero quien me ha dicho que son puros mitos, de que quería encontrar el “elíxir de la vida”, “la piedra filosofal”, etc. Los experimentos que Cuesta hacía, entre 1940 y 1942, son cosas que se hacen hoy fácilmente, que cualquier

químico hace y que no por hacerlo lo llaman loco. Por ejemplo, inventar una sustancia que se le inyectaba a las frutas para retardar su maduración; eso no tiene nada de loco ni delirante, es algo absolutamente científico. Me decía que sólo una vez vio un comportamiento extraño en Cuesta. Un día estaba él en su oficina y Cuesta le llamó por teléfono y le dijo “ven inmediatamente”. Estaba muy excitado, pero sobre todo muy angustiado —esto le interesará a usted por lo que decía antes de la cuestión alquímica

de Jorge Cuesta—, estaba muy angustiado porque decía que había creado vida en el laboratorio... C.M. —Todo eso es Fausto...

J.R.M.M. —Le dijo a su colega: “asómate al microscopio”...

C.M. —Con los homúnculos...

J.R.M.M. —Se asomó el ingeniero Bulle Goyri y lo que vio fueron simples bacterias, unos estreptococos que evidentemente no los había creado Jorge Cuesta, que se habían metido ahí, que algo estaba contaminado, el portaobjetos, la sustancia, lo que sea. Pero que Cuesta estaba muy angustiado por eso porque sentía que él había creado vida y eso le pesaba mucho. ¡No debe ser cualquier cosa *crear* que se ha creado vida!

C.M. —Se sentía Fausto.

J.R.M.M. —Es una cuestión completamente fáustica...

C.M. —Sí, los homúnculos...

J.R.M.M. —Hay una frase maravillosa de Canetti que usted aplica a Cuesta: “se embriagaba con las contradicciones ajenas, era un dipsómano de la razón”; me parece que define bien a Cuesta, aunque también habría que pensar las propias contradicciones de Cuesta...

C.M. —Bueno, sí, pero él no las veía al escribir, no se problematizaba tanto como para incorporar con claridad sus contradicciones en ese momento.

J.R.M.M. —Me refiero más bien a los lectores de Cuesta, a los conocedores de su obra, usted por ejemplo. Me parece que a lo largo de esta plática usted ya ha señalado algunas de esas contradicciones de Cuesta. Era un hombre afectado por la razón dice usted. Esto quiere decir que estaba “desafectado” de aquello que no es del orden de lo racional, de las pasiones por ejemplo, o de las emociones y sentimientos que bien se cuidaba de mostrar, al menos en su obra, que es fría, hermética, calculada, desapasionada. ¿No considera que estar tan afectado por la razón y desafectado...

C.M. —No acepto que sea frío, su obra ensayística es todo lo contrario.

J.R.M.M. —¿No considera que estar tan afectado por la razón y desafectado de todo lo otro, es algo que toca los límites entre la cordura y la locura? C.M. —No, porque hay un proceso...

J.R.M.M. —Que es algo que es muy frágil...

C.M. —No, no, no. Sí, pero usted entonces está juzgando mal, según creo, porque lo que Cuesta quiere es inaugurar una especie: el hombre eminentemente racional, que, según Cuesta, no se ha dado en la vida mexicana. Entonces, su culto a la razón es un culto programático, no sólo es su amor por un tipo de pensamiento francés y no sólo es su amor por la belleza del razonamiento cuando es como el flujo de la inteligencia; es la necesidad de crear algo que no existe.

J.R.M.M. —¿Nuevamente algo fáustico?

C.M. —El hombre racional, eminentemente racional. Entonces cuando usted dice lo de las fronteras, no es posible porque él no está viviendo la razón como una imposición. La vive como ambición, como necesidad utópica.

J.R.M.M. —Finalmente Carlos, quisiera preguntarle su opinión acerca de algo que a mí me llama mucho la atención. Exceptuando la *Antología de la poesía mexicana* que firmó con su nombre, pero que fue un trabajo de más de uno, sabemos que participaron algunos de los miembros del famoso “grupo sin grupo”...

C.M. —Participó Villaurrutia y ya. Estoy convencido de que participaron Cuesta, Villaurrutia y posiblemente Ortiz de Montellano.

J.R.M.M. —Quienes hayan sido, pero firmada por Cuesta. Excepto eso, nunca publicó ningún libro. Sus poemas y ensayos se publicaron en revistas, periódicos y suplementos culturales, mas nunca —en vida— reunidos en algún tomo. ¿Qué piensa de esto, tiene alguna idea del por qué?

C.M. —Tengo una hipótesis: no era fácil publicar. No existían las ventajas de hoy. Era muy difícil e implicaba un esfuerzo tanto mayor si se trataba de ensayos y de artículos. No se usaba. Segundo: él no se veía haciendo una obra literaria sino proponiendo una manera de vivir el pensamiento y la poesía.

J.R.M.M. —¿Está queriendo decir que no le interesaba publicar?

C.M. —Le daba un poco lo mismo. No era un escritor profesional, que además había muy pocos, él se veía como un pensador y un poeta. Un pensador en el sentido de totalización, alguien que podía vivir al mismo tiempo ideas diferentes sobre temas diferentes, con una respuesta múltiple.

J.R.M.M. —Iba a mencionar una frase suya referida a Cuesta: “asir el infinito”. Ya la mencioné, eso quiere decir, me parece, estar abierto a todo y tener un libro publicado es justamente lo no infinito, es cerrar algo. ¿Le parece que es así?

C.M. —Yo creo que tampoco lo veía así; creo que había dificultades y a él le daba igual. Para él lo importante era verse a sí mismo pensando. Lo que escribía era un espejo dónde se veía a sí mismo pensando. Se embriagaba en ese sentido: de sentir cómo su pensamiento, para él indesligable de su vida cotidiana, en él reverberaba en el momento de escribir.

J.R.M.M. —A partir de los sesenta, en México, ¿a quiénes influyó Cuesta?

C.M. —Juan García Ponce muy típicamente. Para que Jorge Cuesta influya se necesita tener abierto el campo de una persona, que se

goce en el manejo de las ideas. Alguien para quien sobre la página tenga un sentido lúdico, y no es fácil encontrar a alguien así. Por eso sólo hallo de inmediato el nombre de Juan García Ponce.

J.R.M.M. —¿Y Carlos Monsiváis? ¿Usted no se considera tocado, influenciado por Cuesta?

C.M. —No, porque yo tengo una vertiente aforística y otra de pleno relajo, a mí me guste mucho el juego de las ideas.

J.R.M.M. —¿Pero su posición como crítico no es cercana a la de Cuesta? ¿Una conciencia crítica?

C.M. —Como actitud quisiera, nada me gustaría más, pero como forma no. Formalmente no.

J.R.M.M. —¿Dijo que hay algo más lúdico en usted?

C.M. —No. Más relajiento.

